

HOMILÍA DE LA MISA POR LA PAZ 20 DE ENERO DE 2019

La palabra del Señor que acabamos de escuchar nos arroja una luz intensa sobre la situación tan dolorosa que nos ha congregado.

Como en las bodas de Caná, la Virgen María, nuestra Patrona bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, lleva al Señor nuestra angustia. “No tienen vino.” Sí, Señor. No tenemos vino, no tenemos el vino de la paz. El estallido feroz del carro-bomba que sembró muerte y desolación nos ha hecho traer a la memoria todas las situaciones de violencia que vivimos en nuestro país. Violencia terrorista, violencia guerrillera, violencia de bandas criminales armadas, violencia de delincuentes que acechan por doquier a la población, asesinato sistemático de líderes sociales, abusos permanentes contra las mujeres y los niños, violencia intrafamiliar, violencia en los barrios, en los vecindarios, en el campo, en la ciudad. Violencia de la corrupción que corroe la vida pública y privada. Violencia también a la naturaleza con la explotación inmisericorde de nuestros recursos y la destrucción sistemática de nuestro suelo. Violencia cuyo horror miramos hoy de frente al encogerse nuestro corazón con la muerte trágica de nuestros cadetes y el caos sembrado en una de nuestras instituciones más queridas.

También hoy, como en las bodas de Caná, el Señor responde a nuestra angustia y nos pide llenar las ánforas de agua. Nos pide que nos unamos profundamente como país, como nación, como estado, para derrotar a la violencia con las armas de la justicia, de la igualdad, de la equidad, de la fraternidad, de la solidaridad. Nos pide que dejemos a un lado todo lo que nos separa, nos enfrenta, nos divide, todos nuestros egoísmos, nuestras polarizaciones ideológicas y personalistas, que busquemos el interés de la patria y el bien común de todos, sin distinciones de credo, raza, cultura, condición. Nos pide poner por encima de cualquier interés personal o grupista la búsqueda efectiva del bienestar de todos y cada uno de los colombianos, por medio del diálogo y la completa justicia social. El Señor pide también a todos los violentos un arrepentimiento sincero que les permita cejar en su accionar destructor, aceptar el castigo merecido y reparar el daño causado.

Y el Señor responde a nuestros esfuerzos convirtiendo nuestra agua en vino, dándonos el don inmenso de la paz que se construye sobre la base sólida de la justicia integral, del aporte de cada uno al bien común, de la construcción de una sociedad en la que no haya marginados ni excluidos sino que todos se puedan sentar a la mesa de la vida alcanzando la plena realización de sus derechos y cumpliendo sus deberes para consigo mismo, para con la familia, la comunidad, la Patria.

De esta manera, nuestro corazón se llena de esperanza. La muerte y el dolor, sufridos por tantos colombianos a lo largo de nuestra historia y ahora por estos cadetes sacrificados por la insania del terrorismo, no queda inútil sino que se hace sangre fecunda que engendra una nueva aurora en la que se vislumbra la fuerza poderosa del amor fraterno, alimentado por el perdón, la reconciliación, la ayuda mutua. El Señor nos conceda esa gracia que anhelamos.

Card. Rubén Salazar Gómez
Arzobispo de Bogotá y primado de Colombia